

Unidas en el silencio

Premio Nacional de Periodismo «Tiflos» 2013

Fernando Sánchez Alonso

Podría defenderlo ante un tribunal. La historia de Gennet Corcuera y Alessandra Vadori no es menos admirable que cualquiera de las que hemos aprendido a querer por la literatura y el cine. Por de pronto, sus biografías están entrelazadas de paralelismos que quizá no sean azarosos. Ambas son extranjeras y viven en Madrid. La primera es etíope; la segunda, italiana. La existencia de una justifica la vida de la otra y al revés. Pero lo más llamativo es que las dos se comunican en una lengua que no es ni el amárico ni el italiano, una lengua que no tiene escritores ni premios Nobel posibles. Hablan entre sí en una lengua de silencio.

Gennet Corcuera ha nacido dos veces. Sin augurios posibles, un día de 1989 comenzaba su *vita nuova*. Gennet, por aquel entonces, era apenas otra víctima más de la guerra civil que asoló Etiopía y diezmó su población durante casi veinte años. Alessandra nació hace veintiséis en un pequeño pueblo alpino de la región italiana del Piamonte, una tierra conocida por sus buenos vinos y por su mejor suicida y escritor, Cesare Pavese.

Licenciada en Lenguas y Literaturas Extranjeras Modernas, Alessandra llegó a Madrid en 2011 para estudiar en la universidad Complutense la lengua de señas española. Su sueño, ser intérprete de sordos y sordociegos costase lo que costase. «No quería terminar metida en una jaula que yo misma iba a construirme como mis amigos. Por eso vine a Madrid», confiesa. «Aquí una profesora de la universidad me vio responsable y me preguntó si quería conocer a Gennet».

Esa misma pregunta, aunque formulada muchos años antes, fue la que pronunció la viuda Carmen Corcuera frente a su hija, a quien había ido a visitar a Etiopía: «Ya he traído a la niña. ¿Quieres conocerla?» Carmen Corcuera solía viajar a ese país africano, donde su yerno, Amador Martínez Morcillo, a la sazón era el embajador español y donde su hija desempeñaba también trabajos diplomáticos. De profundas raíces católicas, Carmen Corcuera destinaba buena parte del día a ayudar a las monjas del hospicio Madre Teresa de Calcuta en Addis Abeba.

Cómo llegó Gennet allí es algo que jamás acertaría a explicar a nadie. «Simplemente, una mañana, al despertar, mi familia había desaparecido», recuerda. No tenía dos años siquiera.

Lucha por la supervivencia

Gennet, incapaz de reconstruir el horror, unas veces sospechará que sus padres fueron asesinados; otras, que la abandonaron en el orfanato, tal vez por demasiadas bocas que mantener; en su versión menos atroz serán las manos piadosas de un desconocido las que la dejaron en el hospicio cuando ella vagaba por Addis Abeba suplicando comida y tropezando en las calles no con piedras o farolas, sino con cadáveres que la miraban con su mismo espanto.

Poco después Gennet se quedó sorda y ciega total a consecuencia de una infección. Los dioses debieron de considerar que no era suficiente y la privaron también del sentido del olfato. Misteriosamente, le respetaron el del gusto.

Pero nada de eso le impediría, muchos años después, convertirse en la primera sordociega con una titulación universitaria en nuestro país. En efecto, tras seis años de estudio en el C.E.S. Don Bosco de Madrid (a ella un año académico le costaba el doble), Gennet Corcuera Fernández de la Reguera lograría diplomarse en Educación Especial el 13 septiembre de 2012. Por fin había aprobado la asignatura de Lengua Castellana, la más difícil para ella, y podía llamarse maestra. «Lo hice por mi madre», reconoce agradecida.

Porque su madre, como los dioses, un día había bajado del cielo en aquel avión español para salvarla de una muerte casi segura en Addis Abeba. Se había opuesto a tiros y a troyanos, incluso de su propia familia, hasta que consiguió adoptar a aquella niña que la miraba con unos ojos azules y vacíos que sonreían a la nada. Su madre la llevó a un colegio especial. Después, para la Secundaria, le eligió un instituto en Pastrana (Guadalajara), porque allí tenían casa propia y, además, porque estaba menos abarrotado que cualquier otro centro educativo de Madrid.

Por su parte, Gennet aprendió a tocar el piano para su madre, pese a que hoy confiesa con una sonrisa traviesa que no le gustaba. La enseñó a no desafinar un profesor de música del colegio «Antonio Vicente Mosquete» de la O.N.C.E. Hoy el piano permanece mudo, solidarizándose con el silencio perpetuo de Gennet, en su piso del barrio madrileño de Salamanca.

Pero entonces Gennet pulsaba las teclas que no podía ver cuando sentía que Carmen, su madre, estaba triste. Y esa música que Gennet no oía, para ella solo una vibración en las yemas de los dedos, las consolaba y unía más que los abrazos de los primeros tiempos, cuando ninguna de las dos disponía de una lengua común para comunicarse.

Hoy Carmen, pelo blanco, ya muy anciana, pero aún con un rastro de finura y distinción en

el porte, lidia a solas con los fantasmas del Alzheimer en una residencia. Gennet pasa un mal rato cada sábado cuando la visita. A veces su madre no la reconoce. Otras, después de saludarla, se le ilumina la cara contándole que va a adoptar a una niña sordociega a la que llaman Gennet, «paraíso» o «edén» dicen que significa esa palabra en amárico, la lengua de Etiopía.

El regalo de un futuro

En Etiopía, recuerda Gennet, todo era miedo, enfermedades, arroz y silencio. No sabía aún que se salvaría de aquel silencio del hospicio más cruel que los puñetazos y patadas que los otros niños le propinaban por diversión o para robarle su vasito de agua y la escudilla de arroz que, tras el primer bocado, le arrojaban a la cara al comprobar que casi siempre tenía un regusto a sangre y lágrimas.

«Las monjas me trababan muy bien. Nunca me pegaron. Pero éramos muchos niños y no podían estar en todo. ¿Juguetes? Sí, teníamos juguetes, pero solo el 31 de diciembre. Al día siguiente las monjas nos los quitaban para que no se estropearan y podémoslos entregar el año próximo», refiere.

Un día, sin embargo, Gennet sintió que no iba a ser capaz de sobrevivir a su propio horror. No reconocía como familiar aquella mano que apretaba la suya, pequeñita y asustada, mientras caminaban. Ignoraba que aquella mano la estaba sacando del hospicio, su casa a fin de cuentas desde los dos a los siete años.

Después, mientras duró el vuelo, nunca supo que iba sentada en un avión. Solo comprendió definitivamente que estaba en otro lugar por el extraño tacto de la ropa, distinta, y porque lo que le daban de comer no sabía a sangre ni a arroz. Durante muchos meses, España, para ella, solo fue la suavidad de un jersey y el sabor de las natillas. Pero aún seguía sintiendo miedo, y eso era algo del presente que continuaba uniéndola a su pasado en África.

Ya en Madrid, Carmen Corcuera la llevó a oftalmólogos de variable prestigio milagrero con la esperanza de que algún tratamiento pudiera devolverle la vista, o parte, a Gennet. Pero excepto insistir en que la niña era propensa a las infecciones oculares, y que por tanto le recomendaban el uso de gafas a fin de protegerle los ojos del viento y el polvo, poco más pudieron hacer.

Con todo, Carmen Corcuera todavía no se había enfrentado al mayor problema: conseguir que aquella niña menudita, desconfiada aún, nerviosa, perdiese el miedo y la quisiera como lo que, en realidad, era: su madre. Lo lograba por las noches, cuando Gennet, gesticulando y suplicando con gruñidos, le pedía que la abrazara hasta que le llegase el sueño. Una de aquellas noches, Carmen tomó una decisión. Acudirían ambas a las escuelas de la O.N.C.E. para aprender la lengua de señas.

Alessandra la está perfeccionando en la Complutense, y, a diferencia de Gennet, tiene indemnes los cinco sentidos convencionales y alguno que otro más sin nombre posible de momento, porque sabe que no basta ni con mil para comprender eficazmente a su acompañante sordociega y poderla ayudar. Gennet, a palo seco y sin requilorios, con su característica expresividad espartana, dice de Alessandra que es su asistente personal. Suficiente. El título incluye funciones de guía, mediadora, intérprete y algún tecnicismo más.

Dicho con menos esoterismos, Alessandra es el nombre que Gennet le ha puesto a sus propios ojos que no ven, a su propia voz que no habla, a su propio olfato muerto. Las manos de Alessandra son el demiurgo que crea una y otra vez, incansable y cariñoso, el mundo a cada instante para Gennet. Tanto es así que reconoce que, cuando su mediadora deja de tocarle la mano, siente miedo. Si se prolonga y no le explican nada, «es como si me desconectasen del sistema nervioso».

Alessandra acude por las mañanas a recoger a Gennet a su casa, donde esta vive sola. La acompaña a hacer la compra o a ver a sus amigos en A.S.O.C.I.D.E (Asociación de Sordociegos de España). Con frecuencia puntúan la conversación con risas (inolvidable la de Gennet, saltarina y parda), que menudean cuando alguna vez van a casa de Alessandra a tomar un bizcocho con té o a ver una película en el ordenador.

Protegidas por una extraordinaria seguridad en sí mismas, caminan por las calles cogidas del brazo o con las manos apoyadas como en un ceremonial de torneo medieval. Alessandra esconde tras de sí a Gennet cuando hay un desnivel o un escalón para advertirle del peligro. Si durante la caminata Alessandra juzga que hay algo de interés, se detienen. Y algo de interés puede ser esa ménsula fingidamente modernista que sujeta un balcón, o un brillo en un escaparate, o una persona que se cruza. El paseo se hace interminable y asombroso, porque es como asistir a las primeras páginas del Génesis en directo, cuando Dios iba recitando los nombres de las cosas que poblarían por primera vez el mundo.

En defensa propia

De hecho, estar con Gennet es un frotarse los ojos constantemente. Excelente y muy aplaudida fue la conferencia que a finales de 2012 pronunció en la Escuela Diplomática de Madrid sobre la «promoción de los derechos, el trabajo y empleo de las personas con discapacidad». Allí, delante de un auditorio abarrotado, recordó que no se sabía con certeza cuántos sordociegos vivían en España. Pero que, según Daniel Álvarez Reyes, presidente de A.S.O.C.I.D.E., se calculaba que había alrededor de quince sordociegos por cada 100.000 habitantes, de modo que cerca de seis mil personas vivían en nuestro país sin ver ni oír.

Para acabar con la marginación en que vivían, se necesitaban más ayudas, más implicación y más sensibilidad por parte no solo de los políticos y las instituciones, sino de toda la sociedad. Porque ser sordociego era más que no poder ver y oír.

Por ejemplo, ¿sabíamos que más de un 33% de los sordociegos recibía asistencia profesional, que la depresión y la ansiedad eran las patologías más frecuentes entre ellos? ¿Quién iba a acompañarlos al médico? ¿Quién iba a sacarlos de casa? ¿Quién se haría cargo de ellos si los recortes del gobierno iban a reducir, inevitablemente, el número de guías intérpretes?

Gennet recordó que la O.N.C.E. le encargó a José María Prieto Lago una obra que ayudara a explicar su mundo, el casi desconocido mundo de los sordociegos. Prieto Lago creó una escultura que representaba dos manos entrelazadas –la de un sordociego y la de su guía intérprete– de las que surgía una paloma. Tituló la obra *Esperanza*. ¿Había realmente esperanza para ellos?

Al término de la conferencia, hablé con Alessandra para que le pidiera a Gennet que extrajera la tablilla de comunicación de la mochila. Luego tomé el dedo índice de la mano de Gennet y fui apoyándolo en el relieve de cada letra: «Gracias a las dos por no rendiros».

© Fernando Sánchez Alonso

Reportaje (fotos y texto) publicado en *Mujer hoy*, nº 730, 6 de abril de 2013.

www.fernandosanchezalonso.com